

CONCEPTUALIZACIONES SOBRE EL JUEGO DE LOS NIÑOS VARONES EN LA OBRA DE RODOLFO SENET: RECAPITULACIÓN, UTILIDAD Y EDUCACIÓN

Sebastián Matías Benítez

Resumen

En el presente trabajo se discutirán los modelos teóricos que sustentaron la conceptualización del juego en los niños varones en la obra de Rodolfo Senet. Desde las tesis utilitaristas de Spencer, criticadas por el autor, hasta los postulados basados en la teoría de la recapitulación, se presentarán los modos en que se pensaba el juego como una actividad espontánea de los niños y su especificidad en el caso de los varones. En particular, se trabajará sobre los lazos entre la producción de conocimiento en psicología, las controversias teórico-prácticas respecto de la noción de juego y su relación con el sostenimiento de determinado orden social.

Palabras clave: historia de la psicología, juego, Senet, masculinidades.

La producción de conocimiento en psicología sobre el niño en las primeras décadas del siglo XX tuvo en especial consideración el papel desempeñado por los elementos constitucionales del infante, su herencia y el rol del medio ambiente como facilitador u obstaculizador de su desarrollo vital (Talak, 2014). A partir de este modelo, la psicología de la época proveyó un modelo teórico para las prácticas educativas y se ocupó tanto del ámbito de lo privado como de lo público. En este sentido, las prácticas de crianza en el hogar y las estrategias educativas en la escuela seguían los criterios de diferenciación entre los sexos, tomando como modelo las actividades y roles ocupados por los padres y madres en el seno del hogar. A partir de tales modelos, los varones ocuparon un lugar destacado como aquellos que podían sostener el impulso transformador de la sociedad. Si las niñas ocupaban un rol más reproductivo del orden social, los niños varones introducían la novedad a partir de su acción en el medio. Sin embargo, la lectura naturalista y evolucionista de la psicología, propia de los primeros años del siglo XX, implicó cierta heterogeneidad que se puede analizar en las conceptualizaciones que se tenía de la actividad espontánea del infante: el juego. Las teorías sobre el juego en los varones implicaron modelos recapitulacionistas sobre el atavismo de las civilizaciones humanas presentes en la ontogénesis infantil, que, sin embargo, estaban sujetos a la intervención ambiental a partir de la educación (Senet, 1908a, 1908b, 1911a, 1911b).

Naturaleza del juego

Durante los primeros años del siglo XX, la psicología tematizó la cuestión del juego infantil para poder dar cuenta de estrategias educativas específicas que se enlazaran con las características propias del desarrollo de los niños. Pensado como su actividad natural, el juego establece lazos muy profundos con sus funciones psicológicas, en especial con su capacidad de creación y con su desarrollo de la imaginación. Esta capacidad, que implicaría la posibilidad de acciones novedosas, también estaba basada en la capacidad del niño de imitar a los adultos, capacidad que, a medida que avanza en edad, tiene un fuerte desarrollo creativo y se va despegando del modelo a imitar (Calcagno, 1910; Hartmann, 1902).

La teorización sobre las actividades lúdicas no dejó de lado el rol que ocupaban los objetos de los que se servían los niños para llevar a cabo esta actividad: los juguetes. Siguiendo las perspectivas que plantean que hasta la edad escolar no pueden encontrarse grandes diferencias entre el juego de los varones y el de las niñas, aparece la muñeca como un objeto privilegiado de juego en tanto permite la satisfacción de los instintos (Senet, 1911b). Sin embargo, los niños varones incorporan otros objetos más ligados a la utilización del espacio público que a las actividades hogareñas, tal como es el caso de la utilización de animales de juguete o, incluso, la utilización simbólica de objetos como medios de locomoción, por ejemplo, como caballos. Así, los niños de hasta 12 años tendrán una gran actividad a partir del uso de elementos de construcción, objetos seriados, juguetes de madera más

específicos, etc. (Romero, 1910). Teniendo en cuenta la capacidad imitadora que el niño tiene, y siguiendo la línea spenceriana respecto de la conceptualización del juego, puede apreciarse una gran fidelidad de las escenas lúdicas a acciones de la vida cotidiana (Calcagno, 1910). Ahora bien, esta puesta en juego de los elementos reproductivos del niño sigue una organización basada en los roles familiares que tanto las madres como los padres ocupan en la estructura del hogar. Así, "imitan los varones de preferencias las ocupaciones de los hombres: oficios, caza, soldado, etc., y las mujeres de la madre: ocupaciones domésticas, cocina, el cuidado de los hijos (muñecas), etc." (Hartmann, 1902: 428). De este modo, podemos vislumbrar el modo en que se ponen en juego las prácticas de crianza siguiendo un modelo que privilegia las diferencias entre los sexos. A partir de las correspondencias entre varones y niñas y la actividad de padres y madres, respectivamente puede notarse el impacto de las prácticas de crianza generizadas y cómo se expresan en la actividad espontánea en los niños y niñas.

En un interjuego entre los modelos de conducta social, presentes en la organización familiar –ambiente– y los instintos heredados del niño, se sostiene el carácter explicativo de las diferencias sexuales en el juego. Sin embargo, el peso de la heredabilidad es considerado primordial, ya que el papel que tiene en los juegos de imitación es el fundamento para entender las elecciones de los varones y de las niñas respecto de los juegos específicos a imitar (Senet, 1911b). Asimismo, desde una perspectiva netamente spenceriana, los juegos de los niños varones debían replicar, en alguna medida, aquellos trabajos que eran esperables para su clase social y educación, y así constituir hombres de bien en el plano físico, moral e intelectual. Siguiendo los criterios anteriormente mencionados, había que aprovechar al máximo el sustrato que proveía la naturaleza de los niños, tanto en la educación del niño-alumno normal como en el caso de aquellos que veían su educación restringida por componentes orgánicos.

Juego y utilidad. Críticas al modelo de Spencer y modelos recapitulacionistas

Según las lecturas que se hacían del modelo spenceriano sobre el juego (Cassinelli, 1916; Mercante, [1918] 2014; "Revista de revistas", 1923; Senet, 1911b), este era una respuesta espontánea que permitía tramitar la energía excesiva que el niño traía constitutivamente y era esperable que realizara esta descarga a partir del movimiento físico. Si bien no era la única forma de pensar el juego, para gran parte de los autores mencionados, las tesis de Spencer tenían un gran valor ya que permitían entender las características de esta actividad natural, ligadas a la lucha por la supervivencia, como algo útil para la lucha por la vida. Senet (1911b) retoma y discute esas ideas habida cuenta de que, según sus precisiones, esa explicación resultaba insuficiente para dar cuenta del rol que tenía esta actividad en el

desarrollo, y, en todo caso, este exceso energético se canalizaba a través de solo un tipo de juegos: el ejercicio. En este punto, el autor reconoce que la disposición instintiva del juego sí puede ser encauzada a través de la educación (tanto física, como moral e intelectual) y destaca el efecto que tiene en la salud y vigorosidad del niño, así como su asociación al placer corporal, aunque esta teorización no sea suficiente para dar cuenta del origen del juego infantil. Así, el rol de los maestros era central puesto que eran quienes debían reencauzar esa energía a partir de la educación. Nuevamente, su rol como expertos permitía mediar entre la constitución infantil, las prácticas de crianza que los padres llevaban a cabo y las teorías psicológicas que les servían de fundamento.

Junto con estas ideas, Senet también da cuenta de las especificidades del juego de ejercicio en el niño varón. En los varones la necesidad de ejercicio muscular se manifiesta con especial vehemencia, a diferencia de lo que sucede en las niñas, en las que esta exteriorización está mucho más atemperada. Las razones de esta diferencia se encuentran tanto en la constitución psíquica, determinada por causas naturales, como en los señalamientos paternos, que permitían a los varones un mayor desarrollo de la musculatura. Sin embargo, Senet plantea que, tanto a nivel psíquico como físico y moral, no hay grandes diferencias entre varones y mujeres, por lo menos hasta los cinco años.

Del mismo modo, el autor critica la idea de Spencer del juego como la imitación de la actividad seria y útil. En ese sentido, se expone en la descripción de los juegos infantiles y va demostrando cómo gran parte de la actividad infantil es inconducente en relación con la utilidad de sus acciones para la vida adulta. Si el niño se centraba en sus sentidos, más que en la esfera intelectual o afectiva, de imitar algún tipo de actividad de los mayores, la vía utilitaria no sería la propicia. En ese mismo sentido, Senet destaca que gran parte de los juegos no tienen ningún fin que pueda alinearse con la actividad del adulto; no podrían entrar en ese registro las formas crueles de jugar, ni aquellas que pueden explicarse a través de la recapitulación de etapas más primitivas del hombre actual.

A partir de las ideas de Ernst Haeckel sobre la recapitulación de las etapas de la filogenia y la historia de las civilizaciones en la ontogénesis del niño, también se plantea la importancia que tiene esta ley del desarrollo en las actividades lúdicas. De este modo, los primeros juegos infantiles serían propios de las actividades más antiguas de la humanidad como especie, incluso entendiendo que la tendencia al juego en los recién nacidos es casi nula. Senet plantea, entonces, que a medida que el niño va creciendo, la tendencia al juego se va diluyendo en función del desarrollo de las actividades mentales y de su alejamiento de etapas atávicas: "En los salvajes adultos, la tendencia al juego es mucho mayor que en los adultos civilizados y en éstos, en los hombres superiores, es nula ó casi nula" (1911b: 380).

Incluso, el juego sensoriomotor o de ejercicio que está presente al principio de la vida del bebé puede explicarse a partir de la necesidad de ejercicio muscular presente en las

primeras civilizaciones, y no en la necesidad de una actividad útil que se articule con la vida adulta. Ya en la infancia propiamente dicha, los juegos de pelota, de tiro, así como la utilización de distintos tipos de armas y la organización en batallones tenían su fundamento en la recapitulación de momentos de la civilización humana anteriores a la actualidad, teniendo en cuenta que allí “resurgen los sentimientos atávicos de orgullo y vanidad, la euforia excesiva, el alto concepto de la personalidad del vencedor” (SENET, 1911b: 383). Junto con la base recapitulacionista, se tenía que tener en cuenta que estos juegos tenían que ser fomentados en el hogar y en la escuela, ya que desarrollaban las funciones musculares, tan importantes para el desarrollo físico, psíquico y moral. Del mismo modo debían entenderse las “travesuras infantiles” que se enlazaban al atavismo infantil. Si bien ambos sexos desarrollaban la capacidad de imitación, y podían llevar a cabo este tipo de juegos, aquellos ligados a la recapitulación estaban presentes solamente en los niños varones. Así, el atavismo presente en el juego sería exclusivo de los varones, en tanto las niñas se encontrarían inhibidas de reproducir tales etapas, producto tanto de su constitución orgánica como de las indicaciones propias de la crianza.

En esta misma línea, queda claro que el fundamento recapitulacionista en el juego de los varones provee una posibilidad que para las niñas no está: la capacidad de exceder a través de estos límites pautados por la historia evolutiva y crear nuevos estados del desarrollo psíquico y social. Del mismo modo, los juegos vinculados con la curiosidad y la invención están mucho más desarrollados en los varones que en las niñas, en vista de que las actividades propias de cada sexo se van acentuando a medida que avanza la infancia. El deseo de conocimiento, así como el instinto expansivo-agresivo presente en el niño varón, le permite desarrollar la capacidad de reflexión respecto de las propias fuerzas y de su responsabilidad personal (Romero, 1910). En ese sentido, las diferencias sexuales en el juego, si bien tienen un carácter mixto –constitutivo y ligado a la crianza – sostienen los roles reproductivos de las mujeres y las expectativas innovadoras de los varones.

Si bien la mayoría de los juegos estaban ligados al predominio del placer y la afectividad positiva, podían encontrarse otros que se vinculaban con una afectividad negativa y con la posibilidad de dominio de los objetos y su potencial destrucción. A partir del paralelismo entre el periodo belicoso en el niño varón y las civilizaciones antiguas, las características expansivas del juego estarían determinadas por la etapa de nuestra civilización que implicó las conquistas de grandes territorios, y lo mismo puede decirse del uso de la fuerza física (Senet, 1908b). Tal como se ha planteado anteriormente, la aparición de los instintos de dominio y destrucción al servicio del juego forman una parte importante de la constitución subjetiva del niño varón, en tanto permite desarrollar la seguridad sobre sí mismo, el valor, el carácter y la capacidad de planificación, teniendo como objetivo último la constitución de su hombría. Así, el niño varón va transformándose en un ser más peleador, va desarrollando su actividad de modo más belicoso y a partir de la pubertad cambia nuevamente para tomar

características más megalómanas, en tanto tiende a una mayor independencia, se convierte psíquicamente en un hombre (Senet, 1908b).

Ahora bien, el desarrollo de tales características tenía que estar acompañado del elemento racional, ya que de otro modo se estaría en presencia de una asimilación del niño con las criaturas salvajes. Es en este punto en donde la recapitulación marca también el destino de la actividad infantil: desde el desarrollo del juego físico, ligado al ejercicio sensoriomotriz, hasta el desarrollo de la razón, pasando por un periodo de expansión física y agresión exteriorizada. Tal como lo plantea el mismo Senet, el periodo belicoso es la antesala a la mente racional que, en su carácter secuencial y repetitivo, permite el desarrollo de nuestras sociedades a lo largo del tiempo, que cada vez irán acotando esta etapa a medida que avance el impulso civilizatorio. En ese sentido, “los niños, como los pueblos salvajes, manifiestan respeto más profundo, la más viva admiración, por el valiente, por el fuerte, por el diestro en el manejo de los puños” (Senet, 1908b: 392). Enmarcadas en este periodo del juego en el niño varón y producto del factor atávico presente en esta etapa, pueden explicarse ciertas características del juego, en tanto la afectividad negativa es predominante en las burlas dirigidas a otros niños y las riñas en las que suelen concluir estos juegos (Senet, 1911b).

A partir de esta hipótesis explicativa, basada en la ley biogenética fundamental, la razón de ser del juego del niño como la imitación de la vida útil y seria del adulto carece de sentido, estableciéndose una crítica clara a la teoría spenceriana del juego que también permite revisar las estrategias educativas ante el juego en la escuela y su relación con el ámbito laboral en la vida adulta. Sin embargo, la perspectiva evolucionista se sostenía con ciertos matices, ya no necesariamente ligada a las actividades adultas en el juego del niño, sino en cierta forma de pensar el juego como una preparación para las funciones viriles. Tomando en consideración que, en la infancia, el desarrollo es un proceso continuo que implica la falta de herramientas para llevar a cabo la lucha por la existencia, el juego aparecía como una respuesta al estado embrionario de los instintos. En ese sentido, el niño, a través del juego, se preparaba para ser un “hombre” y se preparaba para las actividades adultas en una posición activa, desarrollando características como “la iniciativa, la paciencia, la tenacidad, el valor, la inventiva, la reflexión, las facultades de inhibición y otras cualidades útiles” (“Revista de revistas”, 1923: 71), aunque eso no implicaba que el contenido de los juegos guardara un paralelismo con las ocupaciones que más tarde les serían requeridas en la vida adulta.

En función de un proyecto político y social que permitiese cierta homogeneización social en vistas del progreso de la nación, la educación de los niños varones estaba ligada al desarrollo físico y al incremento de la fuerza y diferenciación sensoriomotriz. De este modo, podía pensarse una educación que estuviese ligada al mundo adulto del trabajo. El impacto de este tipo de educación era también extensible a la creación de valores como el honor, la solidaridad y el instinto de superación personal. Si el juego tenía carácter espontáneo, era la

actividad que le permitía al niño desarrollar su independencia, su carácter, sus valores, su voluntad, así como la dimensión racional del juicio y su moral; las prácticas educativas tenían que tener en cuenta esta función de la actividad lúdica, desarrollada a partir de las teorías psicológicas sobre el desarrollo del niño.

Consideraciones finales

A partir del análisis de las ideas de Senet respecto del juego en los niños varones, puede notarse como el impulso transformador propio del género masculino se veía atravesado por modelos recapitulacionistas específicos que, más allá de su carácter repetitivo, daban lugar a una idea de progreso que servía a los fines de la construcción de la nacionalidad argentina. El desarrollo del juego, entonces, permitía también la creación y sostenimiento de valores tales como el honor, la solidaridad, y el instinto de superación personal. Los modelos explicativos basados en la repetición de los estadios atávicos de la civilización en el juego de los niños varones y la importancia de poder encauzar ese atavismo se vincularon fuertemente a los debates sobre los proyectos de futuro para el país. En ese sentido, el trabajo manual para el que debían estar preparados los niños implicaba también un modo de pensar al niño varón que entendiera que la imitación de los modelos viriles era fundamental en tanto el uso de la fuerza preparaba un tipo específico de hombre trabajador. Por otra parte, la educación de los varones también tenía que tener en cuenta la dimensión racional, en tanto los hombres que se estaban educando eran potenciales dirigentes de la Argentina. Así, era importante establecer los parámetros para poder educar a esos niños y que, en su crecimiento como hombres argentinos, pudiesen servir a cierto orden social específico, en vista de que la imitación y la imaginación creadora del niño eran los fundamentos psicológicos de las transformaciones sociales, conclusión a la que se llegó a partir del estudio minucioso del juego infantil. Incorporando esta dimensión se establece una serie entre juego-educación-trabajo-nación que le da al juego un cariz utilitarista a partir de los fundamentos científicos de la psicología en función de un proyecto de ordenamiento social.

Referencias bibliográficas

- Calcagno, A. (1910). "La imaginación creadora en el niño". En *Archivos de pedagogía y ciencias afines*, 7 (20), pp. 272-285.
- Cassinelli, L. (1916). "Los juegos" [conferencia dada al personal docente de la Escuela para Niños Débiles del Parque Lezama por el doctor Luis R. Cassinelli, médico inspector]. En *El monitor de la educación común*, 34 (518), pp. 130-136.
- Hartmann, F. (1902). "El juego espontáneo y su desarrollo en los niños". En *El monitor de la educación común*, 22 (348), pp. 425-429.
- Mercante, V. ([1918] 2014). *La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas*. Gonnet, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- "Revista de revistas" (1923). En *El monitor de la educación común*, 41 (604), pp. 63-76.
- Romero, R. (1910). "Los juegos". En *El monitor de la educación común*, 29 (452), pp. 238-243.
- Senet, R. (1911a). *Elementos de psicología Infantil*. Buenos Aires: Cabaut.
- Senet, R. (1911b). "Los juegos infantiles". *Archivos de pedagogía y ciencias afines*, 8 (24), pp. 375-403.
- Senet, R. (1908a). "Concepto evolutivo de la psicología". *El monitor de la educación común*, 28 (430), pp. 405-420.
- Senet, R. (1908b). "El niño de esta época". *Archivos de pedagogía y ciencias afines*, 4 (12), 386-399.
- Talak, A.M. (2014). "El desarrollo psicológico entre la naturaleza, la cultura y la política (1900-1920)". En L.N. García, F.A. Macchioli & A.M. Talak, *Psicología, niño y familia en la Argentina 1900-1970: perspectivas históricas y cruces disciplinares*, pp. 45-96. Buenos Aires: Biblos.